

**Augusto Reina**

Observatorio Pulsar de la Universidad de Buenos Aires (UBA)

@ aureina@ucm.es

ID 0009-0001-9463-1449

Facundo Cruz

Observatorio Pulsar de la Universidad de Buenos Aires (UBA)

@ cruzfacu10@uba.ar

ID 0009-0002-4775-8631

■ Recibido / Received
30 de octubre de 2024■ Aceptado / Accepted
5 de diciembre de 2024■ Páginas / Pages
De la 65 a la 78

■ ISSN: 1885-365X

Debates presidenciales: entre el ritual democrático y el simulacro político

Presidential debates: between the democratic ritual and the political simulacrum

RESUMEN:

Este artículo examina el rol de los debates presidenciales en las democracias modernas como avatares del debate público democrático. Se argumenta que, más allá de su función informativa, los debates actúan como simulacros de la democracia realmente existente, simbolizando los rituales y las representaciones que sostienen la legitimidad del sistema político. A través de una visión crítica, se reflexiona sobre cómo estos eventos, a menudo percibidos eventos de deliberación pública, también funcionan como ceremonias de legitimación y actos de autoridad de las campañas políticas. Los debates se presentan así no sólo como actos de la comunicación electoral, sino como escenarios performativos que, aunque refuerzan ciertas nociones democráticas, también reflejan las limitaciones y contradicciones inherentes al sistema político contemporáneo. El artículo concluye que, aunque los debates presidenciales cumplen un papel simbólico crucial, su efectividad en la promoción de un diálogo genuino y la formación de una ciudadanía informada sigue siendo objeto de debate. Estos eventos, aunque imperfectos, encapsulan las tensiones entre la realidad democrática y su representación ritualizada, revelando tanto las fortalezas como las debilidades de la democracia en la práctica.

PALABRAS CLAVE:

debates presidenciales, democracia, discurso político, partidos políticos, comunicación.

ABSTRACT:

This article examines the role of presidential debates in modern democracies as avatars of democratic public debate. It argues that, beyond their informative function, debates act as simulacra of actually existing democracy, symbolizing the rituals and representations that sustain the legitimacy of the political system. Through a critical lens, it reflects on how these events, often perceived as events of public deliberation, also function as ceremonies of legitimation and acts of authority of political campaigns. Debates are thus presented not only as acts of electoral communication, but as performative scenarios that, while reinforcing certain democratic notions, also reflect the limitations and contradictions inherent to the contemporary political system. The article concludes that, although presidential debates play a crucial symbolic role, their effectiveness in promoting genuine dialogue and the formation of an informed citizenry remains

a matter of debate. These events, however imperfect, encapsulate the tensions between democratic reality and its ritualized representation, revealing both the strengths and weaknesses of democracy in practice.

KEY WORDS:

presidential debates, democracy, political discourse, political parties, communication.

1. Introducción

«No hay poder simbólico sin una simbólica del poder».

BOURDIEU (1999: 21)

¿Cuál es el valor de los debates presidenciales? ¿Qué rol cumplen en las democracias modernas y qué aportan o restan a la experiencia democrática? Estas preguntas fundamentales nos llevan a explorar las diferentes concepciones de la democracia y las diversas visiones de la comunicación política. Dependiendo del marco teórico que se adopte, la evaluación del impacto y la función de los debates puede variar significativamente.

En este artículo argumentaremos que, apoyados en estas distintas concepciones sobre la democracia, los resultados y las interpretaciones sobre los debates presidenciales difieren ampliamente. Examinaremos tanto la visión procedimental de la democracia, centrada en la competencia y la eficacia de las estrategias de campaña, como la visión pluralista, que jerarquiza el debate público, la multiplicidad de voces, la representación de las minorías y el equilibrio de poderes.

En la visión procedimental, lo central de una campaña electoral es la selección de los candidatos, la competencia por el voto y la obtención de la mayoría. Desde esta perspectiva, los debates se evalúan por su capacidad de influir en las decisiones del electorado, proporcionando claridad sobre las propuestas y mayoría para los candidatos. Por otro lado, una visión pluralista destaca el debate público, el rol de las minorías o la participación activa de los ciudadanos como pilares de la democracia. Aquí, los debates presidenciales son valorados no solo por la información que transmiten, sino también por su capacidad para fomentar el diálogo y el intercambio de ideas, empoderando a los ciudadanos a tomar decisiones informadas.

Asimismo, analizaremos la función ritual y simbólica de los debates, destacando cómo estos eventos pueden actuar como medios de transmisión de información, pero también como representaciones simbólicas de los valores democráticos. En relación con estas diferentes visiones, se procura generar una doble reflexión: ¿Cómo se ha producido y difundido la representación del problema de investigación que trabajamos? ¿Qué deja sin problematizar dicha representación? Este análisis nos permitirá entender mejor los múltiples papeles que juegan los debates presidenciales en la política contemporánea.

2. El debate académico en torno a los debates

El análisis de los debates presidenciales cuenta con una tradición consolidada dentro de las ciencias sociales, particularmente en el ámbito norteamericano, donde se erige como un área prolífica de investigación en el estudio de las campañas electorales. Como señalan Davis, Bowers y Memon (2011), «tradicionalmente, la investigación en comunicación política en



general, y sobre los debates televisados en particular, ha sido “monopolizada” por la academia estadounidense». Este campo, nutrido por décadas de estudios, ha generado diversas agendas de investigación, muchas veces complementarias entre sí.

Una de las líneas de investigación más destacadas se enfoca en lo que podríamos denominar una perspectiva semiológica. Esta agenda trasciende el análisis del contenido verbal para centrarse en el formato audiovisual, explorando cómo los elementos visuales y escenográficos de los debates transmiten mensajes implícitos y explícitos. Asimismo, se presta especial atención a los planos seleccionados por los directores, que pueden enfatizar gestos o reacciones particulares de los candidatos, así como a la iluminación, que tiene el potencial de resaltar o atenuar aspectos de su apariencia física y emocional (Verón, 2001).

Una segunda agenda de investigación, a menudo denominada performativa, examina los estilos retóricos y las estrategias argumentativas de los candidatos. Estos estudios analizan las intervenciones en los debates en términos de figuras retóricas clásicas y estructuras discursivas, evaluando la efectividad de los argumentos, el manejo del tiempo y la interacción con el oponente. Este enfoque ilumina las capacidades persuasivas de los candidatos. Una teoría sistemática de este abordaje es la *teoría funcional* de las campañas electorales, que busca analizar cómo son las dinámicas argumentales que se reiteran en los diferentes formatos de las campañas electorales y, centralmente, en los debates presidenciales (Benoit, 2003, 2014).

La tercera agenda desarrollada, probablemente la más prolífica en términos de publicaciones, analiza el impacto de los debates en las decisiones y percepciones de los votantes. Algunos estudios sugieren que los debates pueden modificar posiciones sobre temas específicos o incrementar la notoriedad de ciertos tópicos de campaña (Abramowitz, 1978; Carlin, 1992). Sin embargo, la hipótesis más explorada es que los debates refuerzan las preferencias preexistentes en lugar de alterarlas significativamente.

Dentro de esta línea de investigación, algunos estudios recientes se enfocan en los efectos cognitivos de los debates, evaluando su capacidad para incrementar el conocimiento del electorado. El estudio de Jennings, Warner, McKinney, Kearney, Funk y Bramlett (2020, p. 901) muestra que los debates siguen siendo oportunidades importantes de aprendizaje, aunque benefician más a los espectadores ya informados. Sin embargo, ciertos individuos se benefician más de la experiencia de ver debates. Las características y rasgos individuales resultan en que algunos espectadores aprendan más que otros. El conocimiento previo parece ser especialmente importante en la adquisición de información, un hallazgo que sugiere que los debates sirven más a aquellos que ya están bien informados.¹

Finalmente, otra vertiente analiza los efectos indirectos de los debates, como su influencia en la agenda pública y la cobertura mediática posterior. Estos estudios subrayan el rol de los debates como eventos de alta audiencia y su capacidad para modelar la narrativa de las campañas. Davis, Bowers y Memon (2011) enfatizan que, en muchos países, los debates electo-

1/ Al respecto, los estudios desarrollados desde el Observatorio Pulsar de la Universidad de Buenos Aires muestran que los debates presidenciales generan ganancias cognitivas. Para ahondar más en detalle se recomienda consultar los pormenores del estudio en el siguiente enlace: <https://pulsar.uba.ar/debates-presidenciales/>. El trabajo realizado se encuentra sistematizado en una publicación reciente (Barbieri y Reina, 2023).



rales televisados son los eventos de campaña que generan mayor audiencia, destacándose como momentos clave para la formación de opiniones públicas. Los actores políticos no solo buscan influir en la intención de voto, sino que también intentan inscribir y legitimar temas en la agenda pública, modelando las percepciones de los problemas. Esto vale para las diferentes posiciones del espectro político, en particular para aquellas que buscan ganar visibilizando un discurso que, sobre todo, viene por fuera del *mainstream*. Ya sea visiones ecológicas que aboguen por la eliminación completa de combustibles fósiles o posiciones libertarias que incluyen una reducción drástica de impuestos o la defensa del derecho a portar armas. En este sentido, uno de los juegos de la lucha política es desplazar sus fronteras o alterar sus dicotomías.

De esta manera, los debates presidenciales no solo impactan en la intención de voto, sino que también modelan las percepciones públicas sobre los temas prioritarios y los estilos de liderazgo. Al destacar ciertos temas o perspectivas sobre otros, influyen directamente en la agenda pública y en la agenda de campaña, delimitando las fronteras del discurso político y moldeando las percepciones colectivas sobre lo que es relevante o secundario en una elección.

Sin embargo, y a pesar de este desarrollo académico y analítico, aún se observa una carencia en el análisis de la función ritual y simbólica de los debates presidenciales, una dimensión clave que no ha recibido la atención suficiente en la literatura. De esta manera, nuestro objetivo es analizar y poner el foco sobre esta función que consideramos elemental en los debates políticos, destacando cómo estos eventos pueden actuar no solo como medios de transmisión de información, sino también como representaciones simbólicas de los valores democráticos.



3. Debates y democracia. La utilidad de los debates según la visión de la democracia

Existen diferentes marcos conceptuales sobre lo que significa la democracia y cuál es su función en la sociedad. Algunas visiones se concentran en explicar que este sistema es un procedimiento para la selección de las autoridades (por ejemplo, elecciones), otros hacen mayor énfasis en el despliegue de un sistema deliberativo enfocado en el debate público y la participación ciudadana que, eventualmente, conduce a las elecciones. Cada una de ellas engendra puntos de vista sustantivos sobre la política y las instituciones, y tienen implicaciones en las formas en que se estudian las campañas electorales y los debates presidenciales. El marco teórico que se adopta define su centro de gravedad y la importancia de cada procedimiento.

Si se considera que la democracia es ante todo un mercado competitivo donde los partidos políticos y los candidatos compiten por el voto de los ciudadanos, las principales preocupaciones están, precisamente, en la competencia política. En ese caso, la atención se centra en la eficacia de las estrategias de campaña y los medios de persuasión de los votantes. Esto es, a grandes rasgos, consistente con gran parte de la agenda de estudio de los efectos de las campañas que hemos visto anteriormente. Los debates se consideran principalmente como instancias para evaluar si lograron proporcionar lo necesario para decidir qué gobierno desean elegir. En otras palabras, cambiar la intención de voto. La pregunta de investigación debería centrarse en evaluar los efectos de las campañas, el comportamiento del votante, la efectividad de los mensajes políticos y la dinámica de la competencia electoral.

En cambio, si prima una visión deliberativa de la democracia, las campañas y los debates presidenciales no solo se ven como una búsqueda de votos, sino también como oportunidades para el diálogo y el debate público. El foco ya no estará tan puesto en la competencia política, sino en el tipo de debate público, en la participación, o en la generación de un voto informado. La importancia de un debate, en este marco, no se medirá por la cantidad y el impacto de estos efectos.

Desde esta perspectiva, la democracia no solo se concibe como un régimen político, sino también como un espacio para la creación de ciudadanía, para la deliberación pública y para establecer pautas de convivencia. En este marco, los debates presidenciales y las campañas electorales adquieren un significado diferente, viéndose como procesos de autopedagogía colectiva (O'Donnell, 2010), donde tanto los políticos como los ciudadanos participan activamente en un intercambio de ideas y perspectivas. Los distintos partidos presentan sus plataformas, con la búsqueda de ofrecer claridad sobre sus posturas políticas, mientras que los ciudadanos se involucran evaluando, cuestionando y discutiendo estas propuestas. Este proceso fortalece la capacidad de la sociedad para tomar decisiones informadas.

Con esta visión de la relación entre las campañas y la democracia, surgen nuevos objetos de estudio que cobran relevancia. Entre ellos, se encuentra el aumento del nivel de conocimiento sobre los candidatos y sus propuestas, lo cual permite a los ciudadanos tomar decisiones más informadas. O la promoción de la discusión pública sobre asuntos que, de otro modo, podrían no estar presentes en la agenda nacional. Asimismo, sabemos que las campañas electorales movilizan creencias y asientan valores en relación con el sistema institucional y son parte de un círculo virtuoso que ejerce un impacto positivo gradual en la legitimidad democrática (Norris, 2001).² Podría decirse, de hecho, que tener más campañas es la mejor forma de limitar las manipulaciones públicas en las campañas.

En efecto, un principio subyacente de los debates presidenciales es que brindan información y proveen conocimientos para que los electores tomen una decisión informada. Lo cual implica un imperativo tácito de la liturgia electoral moderna: las campañas brindan información a la sociedad. Esta perspectiva considera que la comunicación política es un medio para que los ciudadanos tengan acceso a la información necesaria para participar activamente en el proceso democrático.

Estos dos ejemplos, simplificados, son útiles para reflejar los caminos que se abren cuando se adopta un marco teórico. Son el fiel espejo de cómo la definición de un problema no solo lo resalta, sino que también lo constituye. La forma en que se definen los «problemas» de un ámbito están relacionados con el rango de las teorías que los sedimentan y le dan contorno. La interrelación entre cómo se define un problema y las teorías subyacentes influye en la comprensión del problema en cuestión. Mientras que, desde un punto de vista procedimental, se enfatiza la influencia en la decisión del electorado, desde una perspectiva deliberativa se valora la construcción de ciudadanía o la deliberación pública. Ambas visiones conceptualmente diferentes de la democracia generan agendas de investigación y problemas de investigación distintos.

2/ Existe abundante evidencia de que las campañas influyen en la satisfacción de los ciudadanos con el sistema democrático. Reducen los costos y aumentan los beneficios de la participación ciudadana, y pueden reforzar la percepción de legitimidad de la democracia (Higashijima y Kerr, 2023).



El ámbito de la comunicación política a menudo está influenciado por actores interesados en el desenlace electoral: políticos, consultores o periodistas. Las visiones y preocupaciones de cada uno de ellos tienden a moldear los temas que son relevantes para estudiar en una campaña, amparados en las propias necesidades de estos actores. Por esa razón es tan frecuente que la pregunta inicial en las campañas, o en los debates, sea quién ganó y quién perdió, si las audiencias cambiaron —o no— la intención de voto; y si fue un evento decisivo para el desenlace de la elección. Esta circularidad es consistente con «la tendencia del campo político al enclaustramiento y el uso instrumental de las ciencias sociales» (Bourdieu, 1999, p. 3). Sin embargo, como veremos, hay otra gama de preguntas igualmente relevantes. El punto es que la concepción de la democracia influye profundamente en cómo evaluamos la importancia y el impacto de las campañas electorales y los debates presidenciales, incluso en las preguntas que nos hacemos sobre su funcionamiento.

4. La función ritual y simbólica de los debates presidenciales

Algo similar sucede con las visiones que se construyen en torno a la comunicación. Una visión estrictamente informativa de la comunicación en sociedad consideraría que su función es distribuir un mensaje en la geografía y el espacio, esencialmente para informar. Por ejemplo, cuando un gobierno emite comunicaciones impresas diarias sobre la situación del país, está utilizando una visión informativa de la comunicación. Su objetivo principal es distribuir datos precisos y actualizados que permitan a la población estar al tanto de la realidad económica, facilitando así decisiones individuales informadas.

Una visión ritual de la comunicación política no se concentraría exclusivamente en la función espacial, sino en la simbólico-temporal. Como sostiene Carey (1989, p. 18), «estudiar la comunicación no se trata únicamente de los efectos inmediatos en el comportamiento, sino también de examinar el proceso social en el cual se crean, comprenden y utilizan formas simbólicas significativas para la vida social». Desde esta perspectiva, podemos considerar los debates como rituales políticos que cumplen funciones simbólicas dentro de la democracia. Eso permite analizar cómo los actos de comunicación se dirigen a mantener la idea de sociedad tanto en el espacio como en el tiempo. No se trata del acto de impartir información, sino de «representar» (Carey, 1989, p. 18). De este modo, podemos pensar los debates no solo como actos de transmisión de información, persuasión o manipulación, sino también como rituales que reafirman ciertas creencias compartidas sobre el proceso democrático (Byung-Chul, 2020). Por ejemplo, cuando los candidatos presidenciales participan en un debate, no solo están proporcionando datos sobre sus políticas, sino que también están encarnando y reafirmando los valores democráticos de diálogo, confrontación pacífica y participación pública.

El debate se convierte en una ceremonia que procura simbolizar algunos elementos de la democracia, donde las ideas y las propuestas se confrontan en un espacio público, reforzando la idea de que el poder político debe ser discutido y evaluado por la ciudadanía. Esta visión ritual nos permite comprender cómo estos eventos se perciben como representaciones que buscan perpetuar los ideales democráticos a lo largo del tiempo, más allá de



la información específica que se discute. John Dewey argumenta que «la sociedad no solo existe por transmisión, por comunicación, sino que se puede decir con justicia que existe en la transmisión, en la comunicación» (1916, p. 5). Sin comunicación y representación, por tanto, no puede haber sociedad. En un contexto donde la comunicación prevalece sin generar comunidad, los rituales pueden ser vistos como una forma de restablecer esa conexión (Byung-Chul, 2020).

A propósito del primer debate entre Kennedy y Nixon, el periodista del *New York Times* Jack Gould, hablaba de «la utilidad cívica de un nuevo ritual político» (Greenberg, 2009), de cómo los debates habían generado un nuevo interés en campaña que tenía «somnolencia de costa a costa» y resaltaba cómo habían logrado «generalizar ese sentido tribal de dos candidatos, no tanto por lo que dijeron o cómo se comportaron, sino por cuántos de los compatriotas de los candidatos renunciaron a sus horas de la noche para reflexionar sobre la elección entre los dos».

En el ritual de la política democrática moderna, los debates presidenciales procuran representar públicamente diversos principios. Estos eventos implican una serie de signos y significados con connotación política. No son el sistema en sí, sino un signo que expresa un sistema. Representan algo más allá de su propia existencia como evento mediático. Su rol no radica únicamente en el contenido literal de las palabras pronunciadas o en los intercambios entre los candidatos. Más bien, su valor simbólico reside en lo que representan para la sociedad. Al observar un debate presidencial, el público no solo ve a los candidatos compitiendo por su voto; también ve en acción los valores y normas que sustentan el proceso democrático.

En ese sentido, son un reflejo de algunos de los principios fundamentales de la democracia. Representan la idea de que un debate pacífico puede reemplazar a la violencia como medio para zanjar las diferencias políticas. Como sostiene Mouffe:

[...] lo que caracteriza a la democracia pluralista en tanto forma específica del orden político, es la instauración de una distinción entre las categorías de «enemigo» y de «adversario». Eso significa que en el interior del «nosotros» que constituye la comunidad política, no se verá en el oponente un enemigo a abatir, sino un adversario de legítima existencia y al que se debe tolerar. Se combatirán con vigor sus ideas, pero jamás se cuestionará su derecho a defenderlas (Mouffe, 1999, p. 20).

Aunque la democracia necesita ciertas formas de consenso, también precisa la expresión del conflicto y el disenso. Sin importar la intensidad de esas diferencias o la naturaleza de las divergencias, siempre es posible debatirlas pacíficamente. En la misma línea, Bobbio sostiene que:

[...] el método democrático es el sustituto funcional del uso de la fuerza para la solución de los conflictos sociales. Un sustituto no exclusivo, pero del que no se puede desconocer su enorme importancia para reducir el ámbito del puro dominio: el debate en vez del enfrentamiento físico, y después del debate el voto en vez de eliminar físicamente al adversario (Bobbio, 1985, p. 12).

Precisamente, cuando los candidatos debaten públicamente simbolizan que es posible «estar de acuerdo en estar en desacuerdo».



5. La representación del poder: la función simbólica de los debates

Los debates presidenciales y otros eventos políticos propios de las campañas electorales también pueden ser analizados como rituales que refuerzan la cohesión social, representan el disenso o promueven los valores democráticos. Expresan momentos en los que la sociedad se reúne simbólicamente para reafirmar sus valores y normas, transformando la política en un acto performativo que va más allá de la mera transmisión de datos. Como indica Del Rey Morató, «cada estructura social tiene unos modos particulares de expresar la comunión social, esto es, unos juegos de lenguaje que expresan o mantienen el lazo social» (1997, p. 22). Uno podría decir incluso un repertorio semántico propio del momento que vive una sociedad. Sí así fuese, los rasgos de las formas de expresarse, interactuar y disputar un debate son, a la vez, formas de expresar una era.

Los debates presidenciales en Estados Unidos de los años 2016, 2020 y 2024 expresaron tanto los principios que marcamos como una creciente polarización política y un recrudescimiento de los términos del debate público. El debate de Donald Trump y Hillary Clinton de 2016 es un ejemplo interesante sobre este punto, porque es el primero que puso en tela de juicio varios principios fundamentales de estos eventos. Centralmente, porque se caracterizó por una confrontación personal que desvió la atención de los temas de debate público. Hubo amenazas de cárcel mutuas: Clinton, por un escándalo relacionado con el uso privado de correos institucionales, y Trump, por comentarios vulgares sobre las mujeres filtrados recientemente, situaciones raras en debates presidenciales estadounidenses. Este evento destaca la tensión entre la idealización de los debates como plataformas informativas y su uso real como herramientas de ataque político en sociedades polarizadas, afectando negativamente la función simbólica y pedagógica que los debates podrían tener.

Adicionalmente, el debate presidencial de 2020 entre Donald Trump y Joe Biden acaso podrá ser recordado como uno de los más caóticos en la historia de la política estadounidense. Trump adoptó una postura agresiva desde el inicio, interrumpiendo constantemente a su oponente y al moderador, lo que impidió el desarrollo de un diálogo estructurado y coherente. Este comportamiento no solo dificultó la exposición de ideas, sino que también evidenció la profunda polarización política que atravesaba Estados Unidos. La incapacidad de mantener un diálogo y el tono beligerante desdibujaron las líneas del debate tradicional, dejando en evidencia las profundas tensiones que atravesaban al país.³

En cuanto a los dos debates celebrados en el año 2024, el primero entre los mismos contendientes de 2020 y el segundo con Kamala Harris en lugar de Joe Biden, refuerzan lo dicho anteriormente. En ambas instancias, los contendientes buscaron centrar el diálogo en los temas que les fueron más favorables. Trump debió desviarse del foco en salud, aborto y democracia, haciendo pie mayormente en la migración y la economía, donde en las distintas encuestas que circularon en días previos lo mostraban más fuerte.⁴ Biden,

3/ «Interruptions and Insults: All About the Very Uncivil Tone of the First Presidential Debate», *Time*, 30 de septiembre de 2020. Disponible en: <https://time.com/5894565/interruptions-insults-presidential-debate/>.

4/ «In Tied Presidential Race, Harris and Trump Have Contrasting Strengths, Weaknesses», *Pew Research Center*, 9 de septiembre 2024. Disponible en: <https://www.pewresearch.org/politics/2024/09/09/in-tied-presidential-race-harris-and-trump-have-contrasting-strengths-weaknesses/>.



en menor medida, y Harris, en una mayor, trataron de concentrarse en las agendas más blandas, dejando de lado cuestiones del modelo económico y de la gestión presidencial. En este sentido, los candidatos presidenciales de cada partido político hablaron a los propios, no a los ajenos.

Nuevamente, y al igual que en las dos oportunidades anteriores, no se construyó un diálogo fructífero, constructivo y que permitiera el intercambio entre posturas distintas para llegar a un lugar común. El tono y estilo de estos debates reflejan la naturaleza particular del conflicto político en las elecciones de 2016, 2020 y 2024, evidenciando una transformación en los límites de lo decible y las normas habituales del debate público.

El contexto actual permite ver en los debates presidenciales una doble función. Por un lado, sirven como eventos informativos que contribuyen a la toma de decisiones electorales. Por otro lado, funcionan como rituales que escenifican un modo de expresar las diferencias, dirimir los desacuerdos y tolerar opciones opuestas. En ese sentido, procuran ser un espacio para la reafirmación de las creencias y valores compartidos. En países donde el silencio político había prevalecido durante años y la libertad de expresión había sido severamente limitada, los debates presidenciales emergieron como una manifestación tangible de los principios fundamentales de la democracia, tales como la libre expresión, la tolerancia y el disenso pacífico.

Un ejemplo emblemático de esta función simbólica se encuentra en el caso de Chile. Tras el plebiscito de 1988 y la victoria de la campaña del «No» que rechazó la continuidad del régimen de Pinochet, el país se preparó para sus primeras elecciones presidenciales desde 1970. En ese contexto, la Corporación de Televisión de la Universidad Católica (Canal 13), siendo el canal de mayor audiencia y el único independiente del gobierno militar, organizó el primer debate político televisado en Chile. El debate entre Patricio Aylwin, candidato de la Concertación, y Hernán Büchi, representante del oficialismo, fue un intercambio que no solo brindó a los votantes información relevante sobre las alternativas políticas, sino que también demostró que el diálogo democrático y la discusión pacífica eran nuevamente posibles en un país que emergía de una dictadura.

Como plantea Derrida (1982), un sistema lingüístico se solidifica a través de su uso, mediante la incorporación de hábitos, prácticas y códigos. Los debates presidenciales funcionan de manera similar: son rituales que no solo representan, sino que también refuerzan la experiencia de pertenencia al sistema democrático.

En este sentido, los debates trascienden su función informativa y se convierten en representaciones que transforman el simple acto de existir en democracia en una expresión de vivir en democracia. Esta idea se enlaza con la noción de que los rituales contienen y reflejan un mundo. Así, los debates no deben ser valorados únicamente por la información que transmiten o la *performance* de los actores, sino por el acto mismo de participar en este «teatro» democrático, donde se pone en escena y se reafirman algunos significados de la democracia.

6. Los debates como simulacros

Esta visión de la comunicación sobre la esfera pública reconoce el potencial de estos eventos para reunir a los públicos y producir un «círculo virtuoso» en la sociedad. También es cierto



que no está exenta de las limitaciones que fueron emergiendo sobre el rol crítico de los medios en la sociedad contemporánea (Habermas, 1984; Sartori, 1998). Una visión crítica se puede ver en los debates ya no como un ritual, sino como un simulacro.

Es habitual encontrar visiones críticas que los presentan como eventos caricaturescos, donde el poder busca reproducir la idea del debate democrático, pero que en realidad no es más que una pantomima de mensajes prefabricados y coros orquestados. No es difícil imaginar a Baudrillard (1978) hablando de los debates como simulaciones donde la autenticidad se sacrifica en el altar de la apariencia, o a Debord (2009) sosteniendo que son espectáculos que refuerzan la pasividad de la audiencia. Esta visión de los debates encuentra respaldo en una visión crítica que tanto la sociedad como los medios realizan de estos eventos, describiéndolos como carentes de sustancia y desbordados en ataques y chicanas (Caches y Reina, 2023). En el ejercicio de la representación del ideal democrático se podría ver una manipulación de la visibilidad y un ejercicio prefabricado del discurso. Lejos de ser momentos de esclarecimiento público, se pueden ver como rituales de manipulación donde los candidatos «performan» más que debaten.

Transforman el mundo en una serie de escenificaciones vacías, donde la autenticidad se sacrifica en el altar de la apariencia. Lejos de ser simples actos estéticos, estos rituales están diseñados para mantener y reforzar las jerarquías y las relaciones de poder. No es coincidencia que las escenificaciones rituales sean utilizadas por los poderosos para legitimar su autoridad.

En esa línea, los debates presidenciales pueden ser comprendidos como rituales sociales de legitimación. Sus principales actores, medios, periodistas y candidatos, que frecuentemente transitan y representan el poder, establecen las normas y pautas sobre quienes serán reconocidos como los representantes legítimos de la competencia por la autoridad presidencial. Estos eventos pueden comprenderse como actos de autoridad, en los que se define y se reconoce públicamente a los futuros líderes. Eventos a través de los cuales se presenta formalmente a quienes son las personas que legítimamente pueden hablar como representantes de los partidos y expresarse, formalmente, como candidatos a presidentes.⁵ Bourdieu (1999, pp. 81-82) indica que:

[...] el acto de institución es un acto de comunicación, pero de un tipo particular: significa a alguien su identidad, pero a la vez en el sentido de que la expresa y la impone, expresándola frente a todos [...] notificándole así con autoridad lo que él es y lo que él tiene que ser. [...] «*Conviértete en el que eres*». Tal es la fórmula contenida en la magia performativa de todos los actos de institución (Bourdieu, 1999, pp. 81-82).

Este punto es particularmente notable en los países donde los debates presidenciales están sancionados por ley y tienen la obligación de presentar formalmente a todos

5/ Si bien no puede considerarse un acto de investidura institucional, es posible comprenderlos como una asignación de roles institucionales en potencia. A propósito de las formas de construcción de rol, legitimación y poder simbólico, Bourdieu (1999: 49) sostiene que:

Los atributos simbólicos —como se muestra claramente en el caso paradigmático del *skeptorn* y las sanciones contra la utilización ilegal del uniforme— son una manifestación pública y, por eso, una oficialización del contrato de delegación: el armiño y la toga declaran que al juez o al médico se les reconoce el derecho a declararse con fundamento como juez o médico, que su impostura —en el sentido de pretensión afirmada de las apariencias— es legítima.

los candidatos que cumplieron con las condiciones formales de competir. Esto es, de aspirar a representar, a decir, a nominar, a expresarse públicamente en una institución que el estado recrea para dar publicidad ecuánime a los partidos y conocimiento informado a sus ciudadanos. Pero también vale para aquellos países donde los debates son realizados por diferentes grupos de la sociedad civil y, a menudo, se corta el acceso a determinados candidatos. El caso más notable probablemente sea el de los terceros candidatos en Estados Unidos, comenzando por la segunda candidatura de Ross Perot en 1996 o la candidatura de Robert Kennedy en el 2024. En esos casos se puede ver más claro que nunca que los debates procuran ser actos, si no de autoridad, sí de autorización. Espacios en los cuales un conjunto de actores con poder de decisión asigna la capacidad de nominar la competencia legítima por la palabra pública. Como sostiene Bourdieu (1999, p. 73), «el lenguaje de autoridad gobierna siempre con la colaboración de aquellos a quienes gobierna, es decir, mediante la asistencia de los mecanismos sociales capaces de producir esta complicidad, fundada en el desconocimiento, y que es el origen de toda autoridad». Así, los debates presidenciales se configuran como ceremonias simbólicas que consolidan y validan la autoridad de los candidatos, definiendo públicamente quiénes están legitimados para aspirar y ejercer la máxima representación del poder ejecutivo.

Pese a las críticas, existe un consenso en que un mal debate es mejor que ningún debate. Esto se debe a que, al menos, permite que los políticos se expongan al escrutinio público y ofrezcan una plataforma para que los votantes puedan evaluar sus competencias y propuestas. Los debates ofrecen una ventana a la autenticidad y a la manipulación, al ideal tanto como a su falla, al diálogo deseado como a la palabra vacía. Lo cierto es que ambas coexisten y están presentes. Como sostiene Han Byung-Chul (2020), «la sociedad de la autenticidad es también una sociedad de la representación». Este dualismo intrínseco de los debates refleja las complejidades y contradicciones de la comunicación política moderna, donde la sinceridad y la teatralidad se entremezclan, y los votantes deben bucear entre la verdad y la propaganda. En última instancia, aunque imperfectos, los debates siguen siendo un componente que contribuye al fortalecimiento de la cultura democrática.



7. Conclusiones

Este artículo ha explorado la función de los debates presidenciales dentro de las democracias modernas. Primero, hemos explorado cómo puede verse a los debates presidenciales como sustitutos funcionales del uso de la fuerza en la resolución de diferencias políticas. Los debates promueven la idea de canalizar las tensiones políticas hacia un espacio de discusión pacífica y representan la idea del disenso en las democracias contemporáneas. En las democracias contemporáneas «no habría que esperar la eliminación del desacuerdo, sino su contención en formas tales que respeten la existencia de las instituciones democráticas liberales» (Mouffe, 1999, p. 99). En ese sentido, los debates promueven la idea en torno a las

reivindicaciones parciales de todos los partidos políticos y el principio de la representación de la expresión de las minorías.⁶

Luego analizamos los debates desde la perspectiva de la comunicación como ritual. Con este enfoque, los debates no solo sirven para extender información, sino que representan creencias compartidas y refuerzan ciertas ideas de la comunidad. Este enfoque destaca cómo los debates, más allá de su contenido informativo, actúan como eventos simbólicos que mantienen unida a la sociedad en torno a valores y principios democráticos comunes. Simbolizan una fe compartida en la posibilidad de la discusión democrática y la deliberación para llegar a soluciones. Este concepto de ritual de la democracia resalta la importancia de los debates como ceremonias públicas que reafirman el compromiso de la sociedad con la discusión pacífica y la tolerancia a ideas alternativas. Como sostiene Bourdieu (1999, p. 80), «la ciencia social debe tener en cuenta el hecho de la eficacia simbólica de los ritos de institución; es decir, poder actuar sobre lo real actuando sobre la representación de lo real».

Por fuera de todos sus potenciales beneficios, también existe una visión crítica sobre la funcionalidad de los debates. Estos eventos pueden ser manipulados desviándose de su propósito original de fomentar un diálogo constructivo. En el estudio llevado a cabo por el equipo de investigación del Observatorio Pulsar UBA,⁷ los participantes señalaron que los debates a menudo traen más confusión que claridad, con un intercambio desordenado y personal entre los candidatos, lo cual deja a los votantes con la sensación de que se debaten personas y no ideas. Esto reproduce la idea de los debates como escenarios donde los políticos se dedican a repetir una liturgia de cruces y ataques personales, en lugar de debatir ideas, programas o posturas políticas reales. Como lo describió un participante del estudio en la instancia de *focus group*: «los debates son el circo de los políticos».

Aunque los debates electorales pueden ser percibidos como farsas llenas de ataques y falta de sustancia, su valor reside en su capacidad de simbolizar el proceso democrático y proporcionar una plataforma para la confrontación pública de ideas y propuestas. Los debates públicos son una parte fundamental de la democracia y permiten a los ciudadanos involucrarse en el proceso político y expresar sus opiniones. Sin embargo, la manera en que se llevan a cabo y se utilizan a menudo se desvía de su propósito original. A pesar de esto, los debates públicos simbolizan la posesión de un ritual común para el culto democrático. Procuran representar una fe compartida en la que el argumento democrático es posible y

6/ A propósito del punto mencionado, Mouffe (1999, p. 24) sostiene que:

El ideal de la sociedad democrática —incluso como idea reguladora— no puede ser el de una sociedad que hubiera realizado el sueño de una armonía perfecta en las relaciones sociales. La democracia solo puede existir cuando ningún agente social está en condiciones de aparecer como dueño del fundamento de la sociedad y representante de la totalidad. Por tanto, es menester que todos reconozcan que no hay en la sociedad lugar alguno donde el poder pueda eliminarse a sí mismo en una suerte de indistinción entre ser y conocimiento. Esto significa que no se puede considerar democrática la relación entre los diferentes agentes sociales, sino a condición de que todos acepten el carácter particular y limitado de sus reivindicaciones. En otros términos, es menester que reconozcan que sus relaciones mutuas son relaciones de las que es imposible eliminar el poder.

7/ Los detalles del estudio pueden consultarse en el siguiente enlace: <https://pulsar.uba.ar/debates-presidenciales/>.



en la que las ideas pueden ser debatidas y discutidas abiertamente para llegar a soluciones constructivas. Aunque esta fe es un objetivo en sí mismo, no puede considerarse una certeza. Puede ser un objetivo democrático, una búsqueda, no un hecho.

Esta reflexión habilita una agenda para evaluar los debates, por fuera de su impacto en la intención de voto. Podemos pensar si funcionan como rituales democráticos que refuerzan la cohesión social o son vistos como eventos que buscan la manipulación de los electores. Si acaso tienen impacto en la participación y el compromiso ciudadano en el proceso electoral o la disminuyen. La investigación académica respalda la idea de que, a pesar de sus defectos, los debates juegan un papel crucial en la formación de la opinión pública y en la dinámica electoral, haciendo que incluso un «mal debate» sea mejor que la ausencia de debate.

8. Bibliografía consultada

- Abramowitz, A. I. (1978). The Impact of a Presidential Debate on Voter Rationality. *American Journal of Political Science*, 22(3), 680-690. <https://doi.org/10.2307/2110467>
- Arceneaux, Kevin (2005). Do Campaigns Help Voters Learn? A Cross-National Analysis. *British Journal of Political Science*, 36: 159-173.
- Baudrillard, Jean (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona, Kairós.
- Barbieri, Daniela, y Reina, Augusto (comp.) (2023). *Debatir para presidir*. Buenos Aires: Eudeba.
- Benoit, William L. (2003). Topic of presidential campaign discourse and election outcome. *Western Journal of Communication*, 67, 97-112.
- Benoit, William (2014). *Political election debates: informing voters about policy and character*. Lanham, Maryland, Lexington Books.
- Bobbio, Norberto (1985). El futuro de la democracia. *Estudios Políticos*, 4(1). <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484903e.1985.1.60131>
- Bourdieu, Pierre (1999). «El espacio de los puntos de vista» y «Comprender», en *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Byung-Chul, H. (2020). *La desaparición de los rituales: una topología del presente*. Barcelona, Herder.
- Cachés, Javier, y Reina, Máximo (2023). «Esto no es un debate. Aproximaciones cualitativas a la investigación de los debates presidenciales». En *Debatir para presidir*, compilado por Daniela Barbieri y Augusto Reina. Buenos Aires, Eudeba.
- Cantú, F., y Carreras, M. (2023). Presidential Debates and Electoral Preferences in Weakly Institutionalised Democracies: Evidence From 32 Latin American Elections. *Journal of Politics in Latin America*, 15(3), 239-261.
- Carey, J. W. (1989). *A Cultural Approach to Communication. Communication As Culture: Essays on Media and Society*. New York: Routledge, pp. 11-29.
- Carlin, D. P. (1992). Presidential debates as focal points for campaign arguments. *Political Communication*, 9, 251-265.
- Chaffee, S. H. (1979). Approaches of U.S. scholars to the study of televised political debates. *Political Communication Review*, 5, 19-33.
- Davis, C. J.; Bowers, J. S., y Memon, A. (2011). Social Influence in Televised Election Debates: A Potential Distortion of Democracy. *PLoS ONE*, 6(3), e18154. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0018154>



- Del Rey Morató, Javier (1997). «Los juegos de los políticos». En *El debate de la comunicación*, coord. por Juan Benavides Delgado. Madrid, Fragua, pp. 193-202.
- Debord, Guy. (2009) *La sociedad del espectáculo*. Valencia, Pre-Textos.
- Derrida, Jacques (1982). «Differance». En *Margins of Philosophy*, Chicago & London: University of Chicago Press, p. 17.
- Dewey, John (1916). *Democracia y educación: una introducción a la filosofía de la educación*. Madrid, Ediciones Morata.
- Fridkin, K. L.; Kenney, P. J.; Gershon, S. A., y Woodall, G. S. (2008). Spinning debates: The impact of the news media's coverage of the final 2004 presidential debate. *The International Journal of Press/Politics*, 13(1), 29-51. doi: 10.1177/1940161207312677.
- Geer, J. G. (1988). The effects of presidential debates on the electorate's preferences for candidates. *American Politics Quarterly*, 16(4), 486-501.
- Greenberg, David (2009). Torchlight Parades for the Television Age: The Presidential Debates as Political Ritual. En *Daedalus* 138 (2), Emerging Voices (Spring), pp. 6-19.
- Habermas, Jürgen (1984). *Teoría de la acción comunicativa: Complementos y estudios previos*. Cátedra, Madrid.
- Higashijima, Masaaki, y Nicholas Kerr (2023). When Does the Honeymoon End? Electoral Cycles of Satisfaction With Democracy in Africa. *Political Psychology*, 44 (4), 709-728.
- Holbrook, Thomas. M. (1999). Political leanings from presidential debates. *Political Behavior*, 21, 67-89.
- Jennings, F. J.; Warner, B. R.; McKinney, M. S.; Kearney, C. C.; Funk, M. E., y Bramlett, J. C. (2020). Learning from Presidential Debates: Who Learns the Most and Why? *Communication Studies*. <https://doi.org/10.1080/10510974.2020.1807377>
- Lang, K., y Lang, G. E. (1977). Reactions from viewers. En S. Kraus (ed.), *The great debates: Kennedy vs. Nixon, 1960, a reissue*. Bloomington: Indiana University Press. pp. 313-330.
- Mouffe, Chantal (1999). *El retorno de lo político: Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Madrid, Paidós.
- Norris, Pippa (2001). ¿Un círculo virtuoso? El impacto de las comunicaciones políticas en las democracias postindustriales. *Revista Española de Ciencia Política*, 4 (1), 7-33.
- O'Donnell, Guillermo (2010). *Democracia, agencia y estado*, Buenos Aires, Prometeo.
- Reinemann, Carsten, y Jürgen Wilke (2007). It's the Debates, Stupid! How the Introduction of Televised Debates Changed the Portrayal of Chancellor Candidates in the German Press, 1949-2005. *Harvard International Journal of Press/Politics*, 12(4), 92-111.
- Sartori, Giovanni (1998). *Homo videns: la sociedad teledirigida*. Madrid, Taurus.
- Scheufele, D. A.; Kim, E., y Brossard, D. (2007). My Friend's Enemy: How Split-Screen Debate Coverage Influences Evaluation of Presidential Debates. *Communication Research*, 34(1), 3-24. <https://doi.org/10.1177/0093650206296079>
- Verón, Eliseo (2001). *El Cuerpo de las Imágenes*. Buenos Aires, Editorial Norma.

